

FIESTA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Seminario Diocesano, 26 de Enero de 2019

La capilla el Seminario nos acoge esta mañana para celebrar la eucaristía en honor de Santo Tomás de Aquino, patrono de los teólogos. Damos gracias a Dios por el regalo que supuso para la iglesia la sabiduría y la santidad de santo Tomás que impregnó la teología católica de occidente durante varios siglos. Su pensamiento sigue vigente en muchos aspectos en la actualidad y es uno de los maestros del pensamiento teológico al que siempre habrá que hacer referencia.

Agradecemos también a Dios el ministerio pastoral y la dedicación a la enseñanza teológica que ha tenido en nuestro Seminario el profesor D. Pedro Centeno, que hoy homenajeamos y escucharemos con gusto su última lección sobre el catecumenado en la Iglesia.

En el libro del Eclesiástico que acabamos de escuchar se nos ha dicho que la sabiduría sale al encuentro del hombre como una madre y que él que teme al Señor la recibe como una esposa. Son dos bellas comparaciones que nos ayudan a comprender la importancia que tiene para los creyentes el hecho de profundizar en la comprensión de los misterios de nuestra fe para amar con mayor intensidad al Señor y seguirle más de cerca. El teólogo que se ocupa de escudriñar los misterios de Dios y de explicarlos necesita pedir al Espíritu Santo el don de la sabiduría para no caer en el pecado de la soberbia. Necesita también acercarse al Misterio de Dios con temor y temblor, como Moisés cuando se acercó en el desierto a la zarza ardiendo. Jesús dio gracias a Dios porque reveló su Misterio a los sencillos y humildes de corazón.

Queridos seminaristas: El estudio de la teología requiere ante todo una sensibilidad especial para adentrarnos en el Misterio de Dios revelado en su Hijo Jesucristo y enseñado hoy por el Espíritu Santo en la Iglesia. Las ciencias humanas basadas en la razón y en la experimentación nos pueden ayudar a comprender el Misterio revelado; pero si queremos adentrarnos en la verdad tenemos que pedirle al Señor que él mismo nos dé los dones de la sabiduría, de la ciencia y del temor de Dios para que el estudio de la teología nos sirva de provecho espiritual y sea para nosotros fuente de santidad.

Una teología descarnada y hecha simplemente desde las ciencias humanas como pretendían algunos teólogos y exegetas de las primeras décadas del siglo XX, nos puede hacer personas ilustradas y doctas en las distintas materias; pero no maestros en teología al estilo de Santo Tomás de Aquino. Este santo fue primero discípulo antes que de ser maestro. Escuchó con los oídos del alma la Palabra de Dios y como María la meditó en su corazón con la ayuda de la sabiduría divina y la humildad de un siervo. Por eso su teología como la de muchos otros santos teólogos nos enseña a hacer razonable la fe y sus enseñanzas no pasan porque están enraizadas en el mismo Misterio Trinitario.

Decía el Papa Benedicto en la homilía pronunciada ante la Comisión teológica Internacional en el año 2009: “En los últimos doscientos años,

observamos (que) hay grandes doctos, grandes especialistas, grandes teólogos, maestros de la fe, que nos han enseñado muchas cosas. Han penetrado en los detalles de la Sagrada Escritura, de la historia de la salvación, pero no han podido ver el misterio mismo, el núcleo verdadero: que Jesús era realmente Hijo de Dios, que el Dios trinitario entra en nuestra historia, en un momento histórico determinado, en un hombre como nosotros. Lo esencial ha quedado oculto. Sería fácil citar grandes nombres de la historia de la teología de estos doscientos años, de los cuales hemos aprendido mucho, pero a los ojos de su corazón el misterio no se ha abierto”. Y sigue diciendo en la misma homilía: “Hay dos usos de la razón y dos modos de ser sabios o pequeños. Hay un modo de usar la razón que es autónomo, que se pone por encima de Dios, en toda la gama de las ciencias, comenzando por las naturales, donde se universaliza un método adecuado para la investigación de la materia: en este método Dios no entra y, por lo tanto, Dios no existe... Y está el otro modo de usar la razón, de ser sabios: el del hombre que reconoce quién es; reconoce su medida y la grandeza de Dios, abriéndose con humildad a la novedad de la acción de Dios.

En este año de diocesano de la santidad os invito a todos, profesores y alumnos, a acercaros al Misterio de Dios no sólo con curiosidad científica y con la razón sino con el alma creyente que confía más en lo que Dios pueda revelar a la inteligencia humana que en lo que la inteligencia humana pueda descubrir por sus propias fuerzas. Los estudios teológicos tienen que servir para que quien estudia el Misterio de Dios se sienta desconcertado por su inmensidad y atraído por su santidad.

Fijémonos en los Magos de Oriente que buscaban descifrar los misterios del universo y tanto les atrae que salen de su tierra para saber más acerca de una estrella. Pero la sabiduría divina les había revelado internamente que detrás de ese fenómeno astrofísico hay un misterio mayor y más atrayente: Jesús, el Mesías, el Señor. Al encontrar a Jesús se postraron ante él en el portal de Belén y se sintieron envueltos por su Misterio. La actitud de los Magos es la actitud de todo buen teólogo: buscar, dudar, descubrir; pero en todo momento confiar y adorar el Misterio divino que trasciende nuestra inteligencia, nuestro lenguaje y nuestra experiencia.

La actitud contraria a los Magos era la de los doctores de la Ley que escudriñaban las Sagradas Escrituras pero sin sentirse concernidos por el Misterio que en ellas se revela, sino por el cumplimiento de la ley de y de los ritos. Ellos, estando más cerca de Jesús que los Magos, no se dieron cuenta de que Aquel que había nacido en Belén era el Mesías prometido, su Salvador y Señor.

Queridos seminaristas: Aprovechad el tiempo de estudio teológico que realizáis en estos momentos en el Instituto de Estudios teológicos de nuestra diócesis hermana de León. Vivid esta etapa de formación intensamente, pensando en que Dios quiere revelaros su misterio y atraeros a él para que seáis santos como él es santo. Postraos como María ante el Señor y estad atentos al Señor que os habla en estos momentos por boca de vuestros profesores y

maestros en teología. Estad atentos a todo lo que os digan y después en la oración, ungidos por el Espíritu gustad y ved qué bueno es el Señor.

† Juan Antonio, obispo de Astorga